

cincomarzada

SIGLO Y MEDIO DE FIESTA

1838

5 de MARZO

1988



CELEBRAMOS este año el ciento cincuenta aniversario de la CINCOMARZADA, fiesta que, aunque tuvo su origen en un hecho histórico y trascendente en el acontecer de la Ciudad, debe su permanencia y su recuerdo a la voluntad popular expresada, siempre que fue posible, durante siglo y medio.

Quien lea las páginas que siguen comprobará, o quizá descubra, que la salida al campo en esta fecha no se debió nunca a la iniciativa oficial, sino a invención de los zaragozanos. Anónimos zaragozanos que sin duda ejercieron con claro sentido el civismo y la ciudadanía. Cuando no encontraron eco a su deseo entre quienes les gobernaban, crearon casi de la nada algo fraternal, lúdico y festivo, que reemplazó la ceremonia y el triunfalismo por la alegría y el descanso. Cuando, cada Cinco de Marzo, el pueblo iba con sus cestas al Gállego o a Torrero, no sólo no estaba ahondando las discordias civiles, sino más bien, sabiamente, superándolas.

La Zaragoza de hoy no puede sustraerse a una fiesta de tanta raigambre como el CINCO DE MARZO, tal como nos ha llegado. El de 1838 es ya un episodio de la Historia. Deseando interpretar la voluntad popular, el Ayuntamiento, al convocar a todos los ciudadanos a LA CINCOMARZADA, no hace sino colaborar en el mantenimiento de una tradición que los zaragozanos, generación a generación, quisieron darse a sí mismos.

¡FELIZ FIESTA!

*Antonio GONZALEZ TRIVIÑO
Alcalde de la Siempre Heroica
Ciudad de ZARAGOZA.*

CUANDO una fiesta popular cumple ciento cincuenta años no se la puede definir, simplemente, como una simpática costumbre. Pasa a ser un rasgo de la fisonomía de un pueblo, una de las raíces voluntariamente conservadas, algo que, de pleno derecho, se llama tradición.

Desde este prisma es fácil entender que degustar una calderada en el Parque del Tío Jorge cada Cinco de Marzo, cantar y bailar esa tarde, divertirse, en una palabra, forma parte de nuestra cultura.

Este folleto que la Concejalía de Acción Cultural ofrece ahora a los zaragozanos es un bosquejo muy vivo de cómo evolucionó LA CINCOMARZADA desde su origen, hace siglo y medio. A través de la exposición, cuajada de datos curiosos, queda patente que nuestros abuelos supieron reconvertir, tempranamente y de modo espontáneo, lo que fue un hecho heroico y sangriento en algo cívico y festivo que hoy nos une y congrega anualmente a todos.

También hoy el éxito de la fiesta depende de los ciudadanos. Por eso, es de esperar que este significativo aniversario convoque a un gran número de «cincomarceros».

José Manuel DIAZ SANCHO
Concejal de ACCION CULTURAL.



Desde todos los puntos de ciudad acudían zaragozanos a la lucha.

1. LA NOCHE DEL CINCO DE MARZO

*Todo, todo dormía,
menos la gente impía
que las tristes gargantas señalaba
de los que, fiera, degollar pensaba.*

Miguel Agustín PRINCIPE

EL 4 de marzo de 1838 fue primer domingo de Cuaresma. El sol salió a las seis y veinticinco de la mañana y se puso poco después de las cinco y media de la tarde. Fue seguramente, para muchos zaragozanos, el primer día festivo tranquilo y sosegado pasado el bullicio de Carnaval. Pero la guerra civil duraba ya cinco años y gran parte de los 50.000 habitantes de Zaragoza no dejaba de pensar que, meses antes, las tropas de don Carlos habían tomado Huesca durante tres días y que la llamada *Expedición Real*, llegada a las mismas puertas de Madrid, se había paseado por tierras aragonesas sin grandes contratiempos.

Es posible que aquella noche, antes de entregarse al sueño, algún veterano liberal zaragozano recordase que al día siguiente, el cinco, se iban a cumplir dieciocho años de la restauración clamorosa en la ciudad de la Constitución de Cádiz, cuando el Ayuntamiento y el pueblo, secundados por el ca-

pitán general, marqués de Lazán, e ilustres personajes, apoyaran el levantamiento de Riego en Cabezas de San Juan.

Pero aquello había durado sólo tres cortos años. Vino después la reacción absolutista del Rey Fernando —al que, ironías del destino, habían llamado cuando la francesada *El Deseado*— que se había prolongado una década, hasta su muerte. Y ahora la guerra iba a entrar en su quinto año, defendiendo unos a la Reina niña, Isabel, y otros a don Carlos, el hermano del rey fallecido.

Cierto que la ciudad, a diferencia de las zonas rurales, se inclinaba por la causa de la Reina y de la Constitución. El curtido liberal que meditaba en la noche se durmió al fin, después de leer un despacho, fechado en Miranda de Ebro, que aparecía en el *Diario Constitucional de Zaragoza* de aquel domingo:

Los facciosos vuelven a pensar en expediciones y ésta es la causa por la que se halla aquí el cuartel general. El enemigo hace muchas cortaduras y parapetos en los caminos que conducen al interior de las provincias, lo que prueba su temor de que marchemos a buscarlos.

A las cuatro de la mañana todo dormía en Zaragoza. Inesperadamente, rompió el silencio el toque de generala. Siguió, tumultuosamente mezclados, descargas de fusilería, vivas a Carlos V, gritos de hombres y mujeres, alarma repetida desde balcones y ventanas. ¡Los carlistas, los carlistas! El Mercado, el Coso, San Pablo, la Magdalena, Santa Engracia, el Portillo..., Zaragoza entera se despertó sobresaltada.

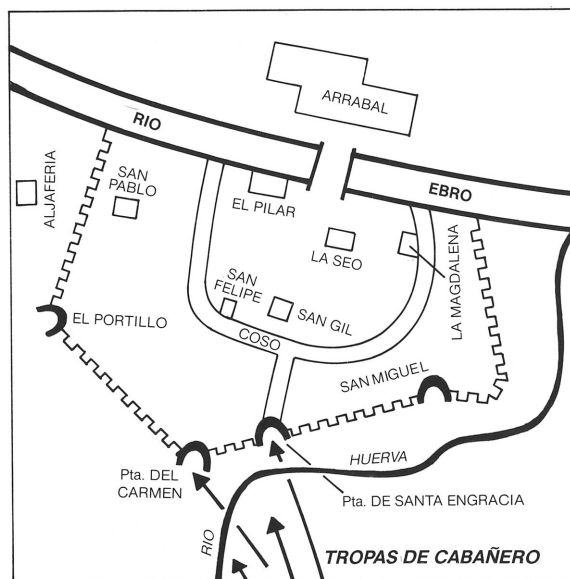
LA ZARAGOZA DE 1838

Recordemos la fisonomía de la ciudad en aquella época. El recinto urbano estaba deficientemente amurallado por tapiales, con un perímetro similar al de los Sitios. Delimitaban Zaragoza el Ebro, por un lado, y una línea de fortificaciones que iban por el actual paseo de María Agustín —puertas de Sanchó, del Portillo, del Carmen y de Santa Engracia— y seguían el curso del Huerva —Puerta Quemada en San Miguel—, Conde de Asalto y Tenerías hasta la Puerta del Angel, junto a la Lonja y frente al Puente de Piedra. Al otro lado del río, el reducido Arrabal.

El aspecto exterior del templo del Pilar era muy distinto al actual. No sólo no existía aún ninguna de sus cuatro torres, sino ni siquiera la cúpula central. Su entorno, además, era muy diferente de la espaciosidad de la que hoy conocemos como plaza de las Catedrales. La Lonja y la Seo estaban rodeadas de edificios. Tampoco existía la calle Alfonso, sino un laberinto de callejas como tantas del recinto histórico. Incluso el Coso se estrechaba antes de llegar a la plaza del Mercado.

El abigarrado aspecto del casco antiguo tenía su contrapunto frente a la Puerta Cinegia, en la entrada del Tubo. Durante los Sitios, habían quedado destruidos por completo dos enormes complejos arquitectónicos que allí se alzaban: el convento e iglesia de San Francisco y el hospital de Nuestra Señora de Gracia. En la reconstrucción de la ciudad tras la francesada, se trazó sobre aquellas ruinas una plaza, hoy llamada de España y en otras épocas, alternativamente, de San Francisco y de la Constitución. En 1815, Martín de Garay, propietario de los terrenos inmediatos y después ministro de Hacienda, ordenó abrir un paseo con árboles desde la plaza hasta la Puerta de Santa Engracia. Al principio, la nueva vía fue conocida como Salón de Santa Engracia y su trazado era, aproximadamente, el de la actual avenida de la Independencia.

Además de las tropas de guarnición, poco numerosas, que mandaba como Comandante General de Aragón el general San Miguel y como Segundo Cabo el general Esteller, Zaragoza estaba defendida por los batallones de la Milicia nacional. Tenía esta institución un carácter tan netamente liberal, que había sido suprimida en diversas ocasiones por el régimen absolutista de Fernando VII. Los gastos de uniforme y armamento de los entusiastas nacio-



nales eran sufragados por suscriptores civiles no menos incondicionales. La Milicia estaba subordinada al jefe militar de la plaza, pero sus miembros elegían entre ellos sus propios oficiales. Era una especie de cuerpo popular de seguridad pública, encargado de defender la paz y el orden. En 1838 debían de componerlo unos dos mil hombres.

La actitud de los nacionales zaragozanos fue decisiva en no pocos movimientos ciudadanos del siglo pasado, secundando casi siempre la orientación más progresista en cada momento.

Zaragoza era, pues, una ciudad donde predominaba la ideología liberal y constitucionalista y, por tanto, no presa fácil para las tropas carlistas.

Plano esquemático de Zaragoza el 5 de marzo de 1838. Las tropas carlistas de Cabañero entraron por las puertas del Carmen y de Santa Engracia.



LA LARGA MARCHA DE CABAÑERO

Pero la capital de Aragón era uno de los objetivos más codiciados por el general carlista Cabrera desde su cuartel general del Maestrazgo. Los carlistas buscaban, desde el inicio de la guerra, por el impacto psicológico que produciría en la opinión nacional, la posesión de alguna ciudad importante. Dominar la del Ebro cambiaría el curso de la guerra, al obligar al ejército liberal del Centro a replegarse, presionado al mismo tiempo por las tropas de don Carlos desde Navarra y Miranda. Además, en Zaragoza podía obtenerse un botín no despreciable, ya que los más potentes hacendados aragoneses se habían refugiado en la ciudad con sus joyas y bienes muebles.

Estos debieron de ser los argumentos que el brigadier Juan Cabañero, nacido en la villa turolense de Urrea de Gaén, expuso a Cabrera. Para asegurar la empresa —verdaderamente audaz y arriesgada— el jefe carlista impuso la condición de que, al frente de la caballería, estuviese el francés Epinard.

Necesitaba Cabañero dos elementos para el éxi-

to de su plan: el factor sorpresa, por una parte, y partidarios dentro de la ciudad, por otra. Aseguran los historiadores que los tenía en la parroquia de la Magdalena, donde cuatro años antes se había sofocado un levantamiento de seguidores de don Carlos. Es posible que parte de los huidos entonces hubiera regresado o que otros comprometidos, no descubiertos, hubieran permanecido todo ese tiempo en sus hogares haciendo una vida aparentemente normal.

Lo cierto es que Cabañero logró esa colaboración indispensable. En los últimos días de febrero alguien depositó en una quinta de las afueras, llamada Torre del Ponte, las escalas, cuerdas y tablas necesarias para, en su momento, cruzar el Huerva y trepar por las murallas.

Era el momento de iniciar la marcha. La expedición, compuesta por 2.200 infantes y 300 caballos, partió de tierras de Gandesa y en la madrugada del domingo, 4 de marzo, se detuvo en la localidad turolense de Alloza. Al mediodía, sin manifestar el objetivo de sus maniobras, se encaminaron, por Lécera, a Belchite. La villa fue rodeada por las tropas sin dejar salir a sus vecinos de ella, ni aun de las casas, bajo pena de perder la vida. Nadie, por tanto, pudo avisar a los zaragozanos.

La misma táctica se siguió en los cincuenta kilómetros que faltaban para llegar a Zaragoza. Las tropas de Cabañero marcharon desplegadas en ala, ocupando una gran extensión de terreno, para impedir que desde los pueblos y granjas del recorrido se alertase a los habitantes de la capital.

A las tres de la mañana del Cinco, estaba a la vista Zaragoza. La marcha había durado catorce horas. Un pequeño grupo fue a la Torre del Ponte a recoger el material allí depositado. Con él facilitaron el paso del río Huerva, treparon por las murallas y cogieron desprevenidos a los centinelas de la Puerta del Carmen, que abrieron a hachazos, y a los de la de Santa Engracia. Pero éstos efectuaron varios disparos antes de rendirse.

Inmediatamente, los batallones carlistas se dispersaron por el Coso, hacia San Pablo por un lado, y San Miguel y la Magdalena por otro. El sonido de las detonaciones de Santa Engracia alertó a la guardia del Principal, cuando por el Coso avanzaban rápidamente los infantes y los jinetes carlistas internándose también por las calles en torno a San Felipe y San Gil. El comandante del puesto dio orden de tocar a generala. Eran las cuatro de la madrugada y la población entera se despertó.

El general Baldomero Espartero, cabeza del movimiento progresista, tuvo un gran número de seguidores en Zaragoza.

PROCLAMAS DE LA AUTORIDAD

ANTES de que concluyese el día 5, las diversas autoridades de Zaragoza lanzaron sendas proclamas para enardecer el fervor liberal de la población. He aquí sus párrafos más destacables:

El Ayuntamiento:

Zaragozanos, Milicia nacional, Militares y Habitantes todos de esta invicta ciudad... Todo lo habéis hecho vosotros, obra de vuestro patriotismo es esta victoria.

La Diputación:

Soldados, Nacionales, Ciudadanos de Zaragoza: Este día, o por mejor decir dos horas de esta noche, equivalen y superan los resultados de las batallas más memorables que ha habido en esta guerra fratricida.

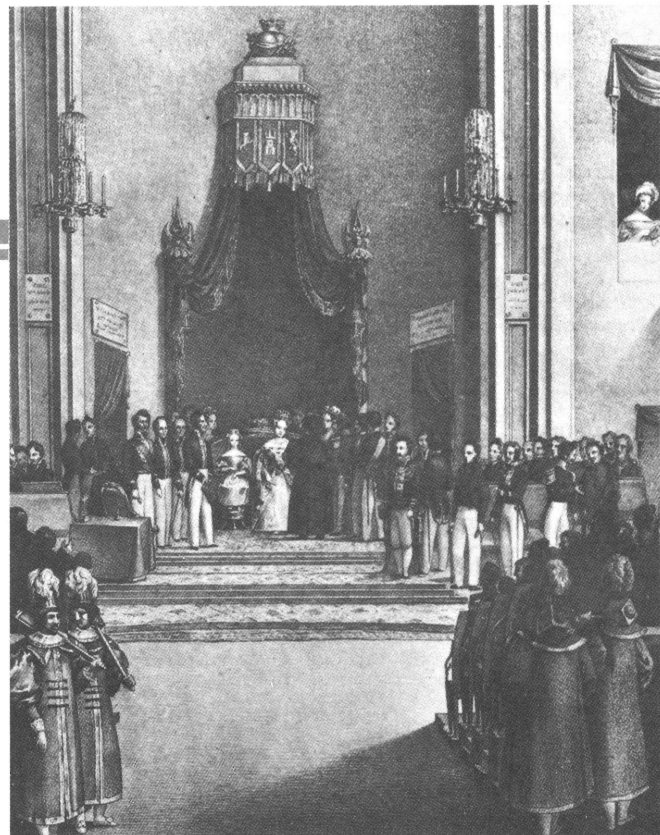
El Jefe Político:

Cuantas veces intenten pisar este terreno clásico de la libertad, otras tantas hallarán como hoy su sepulcro en las calles y en las plazas.

LUCHA ESQUINA POR ESQUINA

La reacción de los zaragozanos fue rapidísima. Los miembros de la Milicia nacional salieron a la calle a repeler la invasión, mientras desde balcones, ventanas y tejados los vecinos arrojaban contra los carlistas tejas, cascotes, ladrillos, canales, cacharos e incluso recipientes de agua hirviendo. Como en los días más duros de los Sitios, las mujeres acarreaban municiones. Muchos tiraban a la vía pública muebles y colchones para que las tropas de la guarnición, los nacionales y los paisanos que combatían pudieran parapetarse del fuego enemigo.

Cada minuto que pasaba, los carlistas, desconcertados por la súbita y unánime reacción, iban perdiendo posiciones. Amanecía ya y desde todos los puntos de la ciudad acudían zaragozanos a la lucha. Se iba arrinconando a los invasores de esquina en esquina y de calle en calle. Muchos carlistas se refugiaron en la Iglesia de San Pablo y en algunas ca-



María Cristina y su hija Isabel II juran ante las Cortes la Constitución de 1837. Meses después, la Reina Gobernadora concedería a Zaragoza el título de «Siempre Heroica».

sas del barrio pero, rodeados, hubieron al fin de rendirse. Treinta y seis de ellos, que quisieron huir por El Portillo, perecieron allí mismo antes de alcanzar el campo abierto.

Cabañero, que se disponía a desayunar en una vivienda del Coso, tranquilo y esperanzado en un triunfo seguro, dio la orden de huida inmediata. El mismo escapó a caballo por la Puerta de Santa Engracia, rodeado de la mayoría de los infantes carlistas que no habían sido muertos o heridos en la refriega. La caballería les protegió en su desesperada retirada.

Muchos nacionales salieron detrás de ellos, acorralados hasta el monte de Torrero donde las baterías allí instaladas continuaron disparando sobre los fugitivos. Cabañero y lo que quedaba de sus tropas consiguieron alcanzar María de Huerva. Detrás dejaban 191 compañeros muertos y 32 oficiales, un jefe y cerca de 800 prisioneros, muchos de ellos heridos. En las filas zaragozanas se habían producido 11 bajas, cuarenta heridos y 53 prisioneros. Este era el saldo de la aventurada operación comenzada cuatro horas antes.



El título de «Siempre Heroica» y la orla de laurel en el escudo de Zaragoza son el recuerdo de los hechos del 5 de marzo de 1838.

DESPUES DE LA LUCHA

Las calles debían de ofrecer un aspecto lamentable. Tras la recogida de cadáveres y traslado de heridos, vino la búsqueda de los enseres y objetos lanzados por las ventanas o perdidos en el tumulto. Durante los días siguientes, en las páginas del *Diario*, único periódico de Zaragoza, aparecieron frecuentes anuncios solicitando a las personas que los hubiesen hallado la devolución de gorras de granadero, fusiles, guantes, capas, sombreros y otros objetos personales. También el Ayuntamiento exigía que los vecinos entregasen el armamento que con urgencia se les había entregado para la defensa.

Las autoridades actuaron con celeridad. El jefe político o gobernador civil, la Diputación y el Ayuntamiento lanzaron tempranas proclamas felicitando calurosamente a la población por su comportamiento e inflamando el espíritu constitucional y liberal de los vecinos. En verdad, la inmensa mayoría había participado en la lucha. El martes, el *Diario* se abría con este comunicado:

Ayer no nos fue posible publicar este periódico por hallarse ocupados todos los operarios desde muy de mañana rechazando al enemigo que osó penetrar en las calles de esta ciudad; y cubriendo los puntos que estaban designados a sus respectivas compañías.

Pero había que investigar también las posibles connivencias con las fuerzas invasoras. Corría el rumor de que Cabañero había contado con cómplices que le facilitarían el acceso a la ciudad. Pronto se ini-

ciaron juicios sumarísimos y aquella misma semana la Plaza de San Francisco fue escenario de la ejecución de varios zaragozanos, condenados a ser *pasados por las armas por la espalda, como traidores a la patria.*

EL ASESINATO DE ESTELLER

El General Jefe de Aragón, Santos San Miguel, estaba ausente de Zaragoza en la noche del 4 al 5 de marzo. Correspondía, por tanto, el mando de la plaza al general Esteller, cuya conducta fue, al menos, sospechosa. En efecto, de Capitanía General no había salido en las horas clave ninguna orden para repeler la agresión, las ventanas permanecieron cerradas todo el tiempo y Esteller no fue visto en ningún momento dirigiendo la lucha o tomando parte en ella. Expulsados los carlistas, se le arrestó y condujo a la antigua cárcel de la Inquisición.

Esteller llevaba poco más de un mes en Zaragoza. Era hombre de salud quebradiza, a causa de unas fiebres contraídas durante su estancia en Ultramar. No estaba compenetrado con las fuerzas vivas que controlaban el Ayuntamiento y la Milicia nacional. Semanas antes de los acontecimientos, durante un festejo organizado por el Consistorio en el Teatro Principal, no se le había reservado palco, pese a su evidente jerarquía.

Aún hoy se ignoran los motivos que el General pudo tener para adoptar una actitud tan negligente en una noche en que la ciudad bajo su custodia se vio invadida por el enemigo. Pero aquella mañana del Cinco de Marzo corrió de boca en boca por Zaragoza la palabra traición. Un grupo numeroso de ciudadanos, en actitud amenazadora, se dirigió alrededor de las once a la cárcel, obligando a la guardia a entregarles al desdichado militar. Esteller fue arrastrado por la calle de Predicadores, el Mercado y el Coso, recibiendo en el trágico recorrido, por parte de una multitud enfurecida, más de cincuenta heridas, muchas de ellas en la cabeza, hasta que expiró.

Al motín sucedió una conspiración de silencio. No se buscaron culpables. Del bárbaro hecho ni se hizo mención en el periódico. Años más tarde se inició un expediente para rehabilitar el honor del General, pero poco después el expediente desapareció misteriosamente. Sin duda, el Cinco de Marzo las autoridades zaragozanas prefirieron cubrir con silencio el borrón que manchaba un día heroico.

SIEMPRE HEROICA

A los tres días del Cinco de Marzo, la Reina María Cristina quiso premiar la acción de los zaragozanos mediante un Real Decreto cuyo principal contenido era éste:

Deseando S. M. la augusta Reina Gobernadora dar a la leal y fiel ciudad de Zaragoza un vivo, público y solemne testimonio de lo grato que le ha sido su glorioso comportamiento en la memorable defensa que acaba de ejecutar aquel heroico vecindario, su Milicia nacional y tropa del ejército contra la facción del audaz y rebelde Cabañero en la mañana del día 5 del corriente, se ha dignado decretar a nombre de su excel-sa Hija la Reina Doña Isabel II lo siguiente:

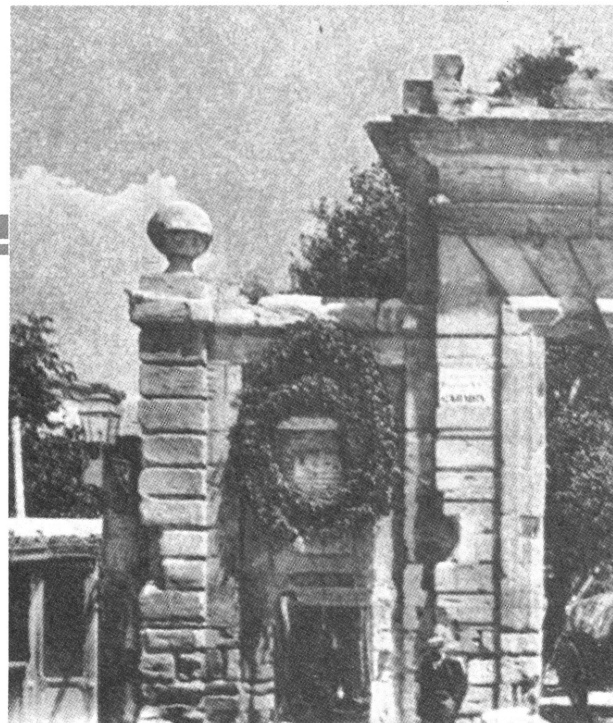
Art. 1.º La Ciudad de Zaragoza añadirá desde hoy a sus gloriosos títulos el de Siempre Heroica, y adornará el escudo de sus armas con una orla de laurel.

Art. 2.º Se concede el uso de la corbata de la Orden Militar de San Fernando a la bandera y estandartes de la Milicia nacional de Zaragoza.

ECOS DEL TRIUNFO

Entretanto, había que auxiliar a las viudas y huérfanos de los zaragozanos muertos y lograr el rescate de los prisioneros. El jefe político solicitó al Gobierno premios y ayudas para los primeros y se entablaron conversaciones con el cuartel general carlista para procurar el canje de los segundos. El sábado siguiente se celebró en el Teatro Principal una función de aficionados *para el socorro de los heridos del memorable día 5*. Una suscripción popular abierta y encabezada por las autoridades fue rápidamente secundada por los zaragozanos, sumándose a ella otros ayuntamientos aragoneses, el de Cariñena en primer lugar.

La noticia de la gesta del cinco de marzo se extendió con rapidez por toda España. La Milicia nacional de Huesca envió su fraternal felicitación a sus correligionarios de la capital de Aragón. El general Espartero, ya conde de Luchana, tan admirado y querido en Zaragoza, mandó desde Logroño un



La Puerta del Carmen a principios de este siglo. Única de las puertas de la muralla que se conservan, fue testigo de los sucesos de 1838 como antes lo había sido de los Sitios.

emisario personal que hiciese patente su satisfacción al Ayuntamiento y pueblo zaragozanos.

Como se indica en otro lugar, la Reina Gobernadora fue rápida en premiar el valor ciudadano. El Congreso de los Diputados acordó manifestar un voto de gracias a los vencedores. Periódicos de regiones lejanas reflejaban en sus páginas el entusiasmo con que los zaragozanos acogieron el regreso de su General en Jefe, Santos San Miguel. La crónica decía, entre otras cosas:

Ayer, a las doce del día, entró en esta capital el general San Miguel, en medio de los vivas y aclamaciones... Por la noche, la sección de artillería volante de la Milicia nacional le dio una serenata, y en la jota se cantaron varias coplas alusivas a las circunstancias, entre ellas las siguientes:

*Vio en Zaragoza su ruina
esa cobarde facción;
orden, patriotas, unión,
viva Isabel y Cristina,
viva la Constitución.*

*Jamás el regio dosel
pisará un déspota fiero
pues luchan por Isabel
el valor del pueblo ibero
y el brazo de San Miguel.*

Continuaba el curso de la vida. Algunos zaragozanos seguían maltrechos. No pocos, con el susto en el cuerpo. La mayoría, sin duda, orgullosos. El Cinco de Marzo era ya una fecha para la Historia.



2. LA CINCOMARZADA ES UNA FIESTA

DESDE su primer aniversario, la Cincomarzada fue solemnemente celebrada en Zaragoza, iniciando así una tradición que, con altibajos, se ha perpetuado hasta ciento cincuenta años después.

El primer año, 1839, la conmemoración tuvo dos aspectos, uno oficial, cívico-religioso y de duelo, y otro alegre y popular. Se trataba de rendir culto a la memoria de las víctimas y, al propio tiempo, festejar con alegría la victoria.

El Ayuntamiento, que presidía Bernardo Segura, dictó los bandos oportunos para organizar los diversos actos. La víspera, al mediodía, las campanas de las iglesias dieron los toques fúnebres anunciadores del oficio de difuntos que al día siguiente se celebraría en la *Iglesia Metropolitana de la siempre Protectora de Zaragoza Nuestra Señora del Pilar*.

A las diez de la mañana del día 5 la comitiva oficial del duelo, encabezada por el Ayuntamiento, salió de las Casas Consistoriales acompañada por tres compañías de la Milicia nacional, en dirección

al Pilar. Una muchedumbre ocupaba las calles adyacentes, cuya carrera estaba cubierta por un batallón de nacionales.

Durante el solemne funeral, tiendas y talleres estuvieron cerrados. Al terminar el oficio religioso, las tropas, que habían permanecido alineadas en la ribera del Ebro, desfilaron entre el clamor popular desde la plaza del Pilar hasta la de la Constitución.

A las doce, un repique general de campanas anunció la salida a la calle de los gigantes zaragozanos, señal del inicio de la celebración festiva.

A las tres de la tarde dio comienzo una novillada en la Plaza de Toros, reformada y mejorada pocos años antes. Tenía entonces el coso zaragozano una capacidad de ocho mil espectadores. Las reses eran de la vacada de José Murillo, de Ejea de los Caballeros.

A la salida de la plaza, balcones y ventanas de las viviendas de la ciudad estaban adornados con tapices, colchas y flores. Por la noche, en la Lonja, profusamente iluminada con velas de cera, se celebró un gran baile, abierto con la interpretación a *toda orquesta de una gran sinfonía patriótica*.

Los beneficios de la novillada y del baile se destinaron a las viudas, huérfanos e inutilizados por los hechos del Cinco de Marzo, a la Casa de Beneficencia de la Misericordia y a la Milicia nacional.

Fue una jornada solemne y memorable. Los zaragozanos se sentían protagonistas de la más reciente historia. El espíritu de aquel día estaba resumido en el bando municipal que había convocado a los ciudadanos a los actos: *Vuestro Ayuntamiento no necesita hacer excitación alguna, y sólo recordaros que sois los héroes del Cinco de Marzo de 1838*.

LA SALIDA AL CAMPO

La misma brillantez revistieron los actos de los tres años siguientes, con un programa similar. En 1840, por ejemplo, además del funeral en El Pilar, el desfile de tropas y la novillada, hubo función en el Principal, representándose el drama en seis cuadros y en verso *Inglar*, que describía la resistencia que los zaragozanos habían ofrecido al moderno restablecimiento de la Inquisición. La obra estaba escrita por un anónimo miembro de la Milicia nacional. Durante la velada, otro de los nacionales interpretó un aria operística.

La Plaza de Toros de Zaragoza a finales del pasado siglo. En ella se celebraron grandes espectáculos para conmemorar la Cincomarzada.

Pero en 1844 la conmemoración oficial se interrumpió. Espartero hubo de abandonar la Regencia y España, mientras la exiliada María Cristina regresaba a unirse con su hija Isabel II, ya proclamada mayor de edad. Los moderados llegaron al poder y en él se mantuvieron diez años. La Milicia nacional quedó momentáneamente disuelta.

Entonces, los zaragozanos, que tenían tan reciente aún el recuerdo del Cinco de Marzo, comenzaron a celebrar la fiesta por su cuenta. Aunque los periódicos de la época no hagan ninguna referencia a ello, nace entonces la tradición espontánea de pasar en el campo la tarde del cinco de marzo, merendando y divirtiéndose en la Arboleda de Macanaz y en las orillas del Gállego. La iniciativa popular preservó así para la memoria colectiva una fecha señalada de la historia de la ciudad.

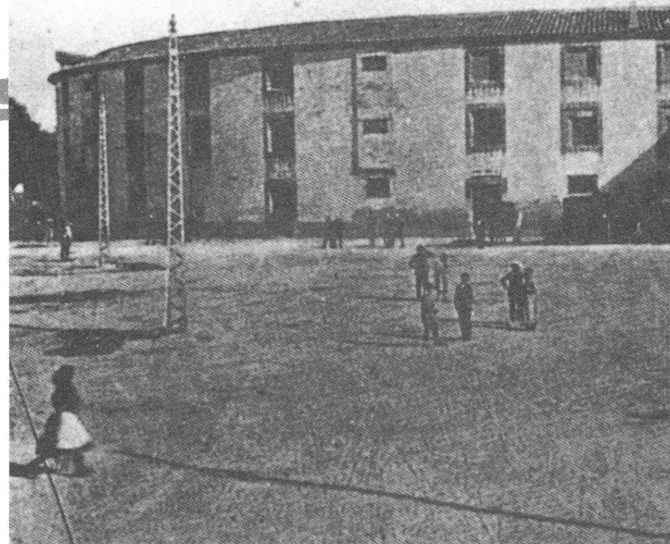
EL RETORNO PROGRESISTA

Los avatares políticos acompañaron siempre a la Cincomarzada. Regresado Espartero al Gobierno en julio de 1854 y vencedores los progresistas en las elecciones de octubre, en las que el propio duque de la Victoria salió elegido diputado por Zaragoza, la ciudad se preparó para celebrar como antaño el Cinco de Marzo en el nuevo año de 1855. Incluso con más brillantez. El bando municipal, hecho público la víspera del gran día, era vibrante:

Zaragozanos: La opresión y la intolerancia de los enemigos de las libertades públicas os han privado por el espacio de doce años de la solemne conmemoración del Cinco de Marzo. Hoy, que la España ha reconquistado su independencia y dignidad, el recuerdo de aquella jornada no debe ser momentáneo, sino eterno.

El programa de la fiesta conservaba los rasgos fundamentales del primer aniversario: honras fúnebres en El Pilar, revista militar en el Campo del Sepulcro, repique general de campanas anunciador *del regocijo y contento público*, cierre de tiendas y establecimientos, adorno de balcones, y grandes bailes de máscaras en el Principal y en el Variedades *a beneficio de las viudas, huérfanos e impedidos por la Causa de la Libertad*. Consta, además, que el rector de la Universidad, Jerónimo Borao, en atención a la solemnidad de la fecha, acordó suspender todas las clases.

La fiesta en la Plaza de Toros superó a las ante-



rios. Se lidiaron tres toros de Ejea, previéndose la utilización de perros de presa para las reses que no tomaran varas. Se soltaron también novillos para los aficionados y se remató el programa con la puesta en escena en el coso taurino del drama-espectáculo *El Cinco de Marzo*, de Conrado Manuel Soriano, con la intervención de numerosas comparsas y un escenario monumental, cuyos telones representaban las murallas de la ciudad, la Puerta del Carmen y la ribera del Huerva.

En los días siguientes, el periódico *El Esparterista* publicó poemas alusivos a la fecha debidos a la inspiración de María del Pilar Sinués, Borao, José María Huici y otros autores. En *La Libertad* se recogían estos versos:



MISAS EN SAN CAYETANO

Los progresistas, sin embargo, sólo duraron dos años en el poder. Desde 1857 ya no se volvió a celebrar la gran función cívico-religiosa, con su aparato funeral y de parada militar. Pero el Ayuntamiento no se desentendió del todo de la fecha. Anualmente, la Corporación comenzó a costear todas las misas que, cada media hora, se decían por la mañana de cada Cinco de Marzo en la Iglesia de San Cayetano, aplicándolas por el descanso de los fallecidos en los hechos de 1838. En ocasiones, la prensa de la época destaca el gran número de fieles congregados en Santa Isabel, nombre oficial del templo, con tal motivo.

Pero aun sin desfile militar, novilladas, bailes o iluminaciones, la conmemoración popular y espontánea crecía de año en año. Los periódicos reservaban para el Cinco de Marzo sus mejores orlas tipográficas, haciendo verdaderos alardes de composición. El anónimo redactor de *El Saldubense* se expresaba así la mañana de la fiesta, que en 1858 cayó en viernes:

La abundante y variada prensa zaragozana del siglo XIX fue, junto con el pueblo anónimo, quien conservó año tras año el recuerdo de la Cincomarzada.

A la hora que escribimos estas líneas vemos que Zaragoza, fiel a sus tradiciones, se prepara a solemnizar el 20.º aniversario del Cinco de Marzo. El día está agradable, numerosas familias se dirigen al campo y, como siempre, el vado de Gállego será el punto más favorecido.

En el número del domingo informaba ampliamente de la celebración, que había tenido *mayor animación si cabe que otros años*:

Puede decirse que todo Zaragoza estaba en el campo, pues desde las primeras horas de la mañana las tiendas y demás establecimientos públicos se veían cerrados como en los días de fiesta y era escasísima la concurrencia en las calles. Las torres de los alrededores, las orillas del Huerva, el vado de Gállego, todo estaba cuajado de gente que, en bulliciosas cuadrillas repartida, celebraba en sus cantares al compás de guitarras y panderos el recuerdo de este día que forma en la historia una de las más gloriosas páginas de nuestra última guerra civil; recuerdo que transmitido de padres a hijos servirá para que éstos sean dignos émulos de sus antecesores.



*Goza, ciudad, la merecida gloria.
Nunca bramando el Aquilón sañudo
Tus laureles marchite. Tu memoria
Espléndido conserve el noble escudo.
Tu claro nombre en la española historia
Refulgente dirá: Que nunca pudo
Iguarte ciudad embravecida.
Si otras vencen despiertas, tú, dormida.*

LA CALLE CINCO DE MARZO

EN 1849, la actual calle CINCO DE MARZO estaba ya proyectada, pero todavía no abierta. En sesión de 10 de agosto de aquel año, el Ayuntamiento zaragozano acordó dar a la futura vía tal nombre, en recuerdo de los sucesos heroicos ocurridos once años atrás.

Diez después, sin embargo, se resolvió cambiar la titulación por calle de Isabel II, en un momento en que los moderados habían desplazado a los progresistas en el Gobierno de la Nación. Pero el referendo superior de este acuerdo nunca llegó a producirse y el Ayuntamiento, *tanto por ello, como porque aquel hecho de armas (aun considerado sin relación con las ideas políticas de los bandos militares) es digno de perpetuarse*, acordó el 20 de enero de 1860 restituir a la calle su primitiva denominación de *Cinco de Marzo*.

Pasaron 76 años. Iniciada la última guerra civil, las autoridades del momento cambiaron radicalmente el sentido del nombre de la calle, rebautizándola como *Requeté Aragónés*. Finalmente, en 1979, el primer Ayuntamiento democrático de nuestra época devolvió a la calle su denominación original.



En la iglesia de San Cayetano el Ayuntamiento costeó todos los cinco de marzo, durante un siglo, misas por las víctimas de los hechos que en 1838 dieron origen a la Cincomarzada.

MITINES PROGRESISTAS Y FEDERALISTAS

La fiesta popular continuó de este modo durante los diez últimos años del reinado de Isabel II. El Cinco de Marzo, si no oficialmente, era en la práctica fiesta local. Cerraban tiendas y talleres y no se publicaban los periódicos. Los zaragozanos salían a las casas de campo del Canal y de Torrero, al Vado o al camino del Gállego para disfrutar de las comidas campestres y de los juegos y bailes improvisados. A veces, *contra viento y frío y a trueque de coger una pulmonía*. Con frecuencia, la festividad caía dentro de las celebraciones del Carnaval —bailes en el Liceo, en el Comercio y en el Variedades— y entonces, al anochecer, se juntaban en la calle de Don Jaime las cuadrillas de a pie, los coches y los carros engalanados que regresaban, mientras se entonaban *cantos patrióticos y populares rondallas*. La abundante comida ingerida y el buen vino trasegado contribuían a la alegría general. *El Correo de Aragón* concluía así una crónica de aquellos años: *En las casas debieron quedarse sólo los gatos*.



Por esta época, las mejores tiendas de alimentación anunciaban en los periódicos sus mercancías con vistas al Cinco de Marzo. Así lo hacían dos de las calles Torre Nueva y Don Jaime, advirtiendo de la llegada de butifarra, salchichón, sobrasada y toda clase de embutidos.



lebración siguió el curso de años anteriores. Hubo misas en San Cayetano —anunciadas por el mismo Comité Progresista— y las familias que no pudieron salir al campo el día 5, a causa de la lluvia, lo hicieron al día siguiente, domingo, que *lució un espléndido sol*.

CINCUENTA AÑOS DE TRADICION

El cincuentenario de la Cincomarzada, en 1888, llegó a una Zaragoza bien distinta a la de medio siglo antes. La ciudad acababa de estrenar teléfonos y los primeros tranvías de tracción animal hacían su recorrido de la plaza de España a la estación del ferrocarril de Utrillas. En España gobernaba el liberal Sagasta y María Cristina de Habsburgo ejercía la Regencia en nombre del pequeño Alfonso XIII. Estaban a punto de producirse las primeras agitacio-

nes obreras. Las fuerzas vivas de Zaragoza andaban en tratos y gestiones para conseguir el establecimiento en la ciudad de la Academia General Militar, lo que tardaría treinta y nueve años en producirse. La calle Alfonso llevaba abierta más de veinte y otros tantos hacía que el ferrocarril enlazaba Zaragoza con Madrid y con Barcelona. Los ciudadanos protestaban contra el impuesto de consumos y los fielatos instalados en las puertas de la ciudad eran frecuente escenario de altercados y disputas.

Aunque los Ayuntamientos de la Restauración fueron poco entusiastas de la Cincomarzada, el de entonces acordó *que se conmemorase como de costumbre el aniversario del Cinco de Marzo*.

Hizo aquel año mal tiempo. Hubo viento impetuoso y hasta se temía una crecida espectacular del Ebro. Pero la población acudió a la cita. El diario *La Derecha* decía que *la ciudad quedó ayer desierta como todos los años ocurre*. Los objetivos preferidos de los excursionistas habían sido las inmediaciones del Gállego y el camino de Torrero. El vapor del Canal hubo de hacer cuatro viajes de ida y vuelta a Casablanca con gran número de pasajeros.

Al regreso de la gira, los cafés, especialmente Iberia y Ambos Mundos, se llenaron para escuchar los conciertos de sus orquestas. Y fueron muchos los que acudieron a la Plaza de Toros donde actuaba la compañía gimnástico-acrobática y aerostática de Juan Milá.

La Plaza de España —antes, de la Constitución y de San Francisco— hace un siglo. La presidia la estatua de Neptuno, hoy en el Parque Primo de Rivera.

De estos años que preceden al destronamiento de Isabel II, cercanos ya a la I República, merece destacarse la celebración de 1864. El Partido Progresista eligió Zaragoza para un encuentro nacional de sus afiliados. El Cinco de Marzo, a las once de la mañana, seiscientos delegados de Madrid, Barcelona, Valencia, Pamplona, Huesca, Calatayud, Borja y otras localidades se reunieron en el gran salón del Café de La Iberia, en memoria de los héroes de 1838. Tras la comida, a los brindis, intervinieron Olózaga, Sagasta y Víctor Balaguer. Olózaga propuso abrir una suscripción popular para socorrer a tres viudas supervivientes de los fallecidos en los sucesos ocurridos veintiséis años antes. La iniciativa fue secundada por todas las capas sociales de la población y en pocos días se cubrió una cantidad cercana a los cinco mil reales.

También el Partido Democrático Federal celebró la jornada con una concentración en la Plaza de Toros, aunque deslucida por la lluvia que no dejó de caer en toda la tarde. En dicho mitin intervinieron destacados prohombres republicanos: Castelar, Figueras, Rivero y Juan Pablo Soler, alma del federalismo zaragozano.

Además de estas dos reuniones políticas, la ce-

TAMBIEN MISAS EN LA PRIMERA REPUBLICA

Cuando llegó el Cinco de Marzo de 1873, hacía veintidós días que España tenía régimen republicano. Y aunque en el Norte se combatía contra las tropas de Carlos VII en la tercera guerra civil, el estrenado júbilo popular estaba presente en el bando con que el alcalde zaragozano, José Mariné, convocaba a los ciudadanos a la fiesta:

Nunca este inmortal pueblo ha debido celebrar el glorioso Cinco de Marzo con más júbilo que en los actuales momentos en que la bandera del pueblo ondea majestuosamente en los dominios españoles. Si aquel día peleasteis como bravos, la sangre que se derramó ha necesitado treinta y cinco años para fructificar. Entregaos pues, hijos de Zaragoza, al entusiasmo, en conmemoración de tan brillante victoria.

Efectivamente, la prensa destacaba como notas sobresalientes de la salida al campo de aquel año *el inmenso gentío, el tiempo apacible y la ciudad casi desierta*. El Ayuntamiento mantuvo la costumbre de mandar celebrar misas en San Cayetano, los balcones lucieron sus colgaduras, se repartieron cantidades a viudas y huérfanos y se obsequió con una comida a los acogidos en la Casa de Amparo y con un rancho extraordinario a los soldados de la plaza. Por la noche, los cafés se vieron muy concurridos y por las calles se dieron abundantes vítores a la República Federal.

A partir de 1875, restaurada la Monarquía en Alfonso XII, la Cincomarzada mantuvo su carácter popular de gira campestre y día festivo, al margen de que los Ayuntamientos de turno recordasen o no la fecha. Cada vez más, fue el pueblo el único defensor de una tradición que pronto iba a cumplir cincuenta años.

EN EL SIGLO XX

Aunque 1838 iba quedando cada vez más lejano, salir al campo el Cinco de Marzo era ya una costumbre profundamente arraigada en los zaragozanos. Así lo daba a entender el alcalde, Alejandro Palomar de la Torre, en 1914:

En la mente de todos vosotros está perenne la fe-



cha del 5 de Marzo de 1838. Los años han borrado, por fortuna, los odios fratricidas engendrados por las pasadas luchas, y el aniversario que hoy celebramos de aquella memorable jornada debe ser la fiesta de todos los buenos zaragozanos.

Inspirándose en este criterio, el Excelentísimo Ayuntamiento ha dispuesto, como en años anteriores, costear las misas rezadas que en sufragio de las víctimas de aquellas jornadas han de celebrarse de 9 a 12 de la mañana de este día, en la Real Capilla de Santa Isabel (vulgo San Cayetano), esperando que el vecindario todo asistirá a dichos actos religiosos...

Por esta época, las sartenadas de longaniza y el cabrito con judías constituían el menú de los «cincomarceros». Los tenderos Zorraquino anunciaban en la prensa *grandes surtidos de jamones y fiambres para mañana, cinco de marzo.*

Escenas de la Cincomarzada en los años veinte de este siglo. (Fotos HERALDO DE ARAGON).



El plan conmemorativo de esta inolvidable fecha que —liberal o carlista— los sentimientos alegres es el de salir al campo llevando una buena cesta en cuyo fondo hay «motivos» de una sabrosa paella, y colgarse del derecho a una bizarra morena y en el izquierdo una bota de vino de Cariñena.

La familia que es amiga de tradiciones guerreras se ha levantado temprano cruzará el Puente de Piedra y acampando en un ribazo de la vecina arboleda improvisará un hornillo, cogerá un poco de leña y, en tanto va preparándose la succulenta merienda, habrá columpio y canciones y animación y vihuela.



Siete años después, la situación política era bien diferente. La Segunda República se había proclamado diez meses antes. Pero, de momento, los regímenes políticos no afectaban a la tradición festiva de la Cincomarzada. Ese año, sin embargo, el tiempo no acompañó a los excursionistas. Durante el día cayeron varios aguaceros y la animación fue menor que otros años, aunque *La Unica*, de la calle Cerdán, anunciaba *bonitas alpargatas para el Cinco de Marzo*.

De todos modos, bastantes zaragozanos acudieron al Parque de Buenavista, El Cabezo, Soto de Almozara, Arboleda de Macanaz y La Granja. Hubo arroz, chuletas, jamón, abundante vino, columpios y otros juegos. Además de bandurrias y guitarras, algunos llevaron consigo gramolas portátiles para bailar la música de moda.

PAELLAS Y COLUMPIOS

En 1925, en plena Dictadura primorriverista, la fiesta seguía su curso *con la misma bulliciosa animación, con la misma algarabía de siempre*. Habían variado las aficiones gastronómicas, pues *Heraldo de Aragón* decía:

La clásica paella preparada sobre el terreno fue el plato del día; mientras el sexo débil se dedicaba a las delicias culinarias, los hombres preparaban debidamente el campamento que los resguardara de las violencias del día, y colgaban de las ramas de los árboles los sencillos columpios, que es diversión forzada en esa tarde.

En el mismo *Heraldo*, Mefisto publicaba estas *coplas del día*:

CUANDO SE IBAN A CUMPLIR CIEN AÑOS

Faltaban dos años para que la tradición de la Cincomarzada se hiciese centenaria, cuando comenzó la última guerra civil. La ideología que sustentaba el Gobierno de Franco poco tenía que ver con las ideas liberales y constitucionales defendidas en 1838. Claro que lo que celebraban los zaragozanos cada Cinco de Marzo en las orillas del Gállego era una jornada festiva, en recuerdo, sí, de un hecho bélico y cívico, pero en la que pervivía sólo el carácter lúdico y popular de la efemérides. Sin embargo, la Corporación Municipal puesta a dedo en Zaragoza, en sesión ordinaria de 3 de marzo de 1937 —con asistencia del delegado militar— tomó el acuerdo que los periódicos recogían en pocas líneas:

PROGRAMA HISTORICO DE LA FIESTA

Horario: De media mañana al atardecer.

Lugares: La Almozara, Arboleda de Macanaz, vado del Gállego, Torrero, el Canal, El Cabezo, Buenavista, La Granja, orillas del Huerva.

Comida: Sartenadas de embutidos. Cordero y cabrito. Paella. Vino de la tierra, especialmente Cariñena.

Diversiones: Columpios, gallina ciega, cantos y bailes. Guitarras, panderos y bandurrias. Gramófonos en nuestro siglo.

Transporte: A pie y en coches y carros engalanados.

Meteorología: Se acudió siempre, aunque cayera un «rugiazo».

La Cincomarzada de nuestros días se ha enriquecido con actividades y diversiones para todas las edades.

(Foto Luis MOMPÉL-HERALDO DE ARAGON).

Las peñas juveniles no sólo colaboran en la organización de la Cincomarzada, sino que le dan una animación superior a la de ediciones anteriores. (Foto: Luis MOMPÉL-HERALDO DE ARAGON).

Entre los dictámenes aprobados figura el relativo a la supresión de la fiesta de carácter local del cinco de marzo, a petición de la CENS (sindicatos verticales), siendo por lo tanto desde ahora día de trabajo para todos los efectos.

Es posible que, al domingo siguiente, algunas familias zaragozanas acudiesen al campo a comerse sus paellas, beber de la bota y pasar la tarde alegremente, pero la alegría no podía ser la de otros años, pues en cualquier grupo familiar o de amigos faltaría alguien, muerto quizás, o convaleciente en un hospital, o combatiendo en el frente. Además, en momentos como aquellos no era recomendable significarse como devoto de la ideología liberal cuando los requetés, denominación militar de los carlistas, eran una pieza importante del ejército de Franco.

Se perdió, pues, una tradición centenaria que por el modo de su celebración ya no podía ofender a nadie.

Cuarenta años después de la prohibición, cuando comenzaba la reforma política y aún no se habían celebrado las primeras elecciones generales de nuestra época, *Heraldo de Aragón* recordaba en su sección *Hace cincuenta años* la tradición de la Cincomarzada y contaba brevemente cómo había transcurrido en 1927. Sin duda, un primer recuerdo útil para el futuro.

1981 fue el año de la recuperación de la fiesta. El Ayuntamiento de Zaragoza, contando con el apoyo de las comisiones de festejos de los barrios, peñas, asociaciones de vecinos y otras entidades



ciudadanas, acordó volver a celebrar la Cincomarzada, enlazándola en aquella ocasión con las fiestas de Carnaval. En el Parque del Tío Jorge, junto con diversos espectáculos infantiles, hubo una gran calderada popular, amenizada por la alegría de peñas y charangas.

LA CINCOMARZADA, HOY

El año pasado, 1987, la tradición se hallaba ya plenamente recuperada. Secundaron al Ayuntamiento en la celebración, que duró todo el día, la Federación de Asociaciones de Vecinos, la Junta de Distrito de la Margen Izquierda, la Asociación de Padres de Alumnos de Colegios de Zaragoza y las peñas juveniles. Hubo concursos de pintura, carrera infantil, comparsas de gigantes y cabezudos, folklore, grupos de animación, fuegos artificiales y gran verbena. La comida fue a base de calderadas, premiándose las mejores.

Este año se cumplen ciento cincuenta del origen de la fiesta. Una tradición como la Cincomarzada, que pasó por tantos avatares y que sólo la memoria popular preservó, merece la participación de los zaragozanos de hoy. La felicitación no puede ser otra: ¡Por muchos años!

Prensa zaragozana de los siglos XIX y XX consultada para la elaboración de este trabajo

LA ALIANZA ARAGONESA. Diario liberal.
EL CLAMOR ZARAGOZANO. Periódico semanal, republicano sin mote, independiente y franco.
EL CONTRIBUYENTE. Artes, Agricultura, Comercio, Industria.
EL CORREO DE ARAGON. Diario vespertino de Zaragoza.
LA CRONICA. Diario independiente, defensor de la Industria, del Comercio y de la Agricultura.
LA DERECHA. Diario democrático.
EL DIA.
DIARIO CONSTITUCIONAL DE ZARAGOZA. Diario de avisos.
EL ESPARTERISTA. Diario político de Zaragoza.
HERALDO DE ARAGON.
EL IMPARCIAL. Diario de la tarde, de noticias generales y anuncios.
LA LIBERTAD. Periódico político, literario y de avisos.
EL NOTICIERO.
LA REPUBLICA. Organo del Partido Democrático Federal de Zaragoza.
EL SALDUBENSE. Diario económico, industrial, literario y de avisos.

Nuestro agradecimiento a la Dirección y Personal del Archivo-Hemeroteca Municipal de Zaragoza.

Además, nos han servido de orientación los trabajos e investigaciones de Eloy Fernández Clemente, Carlos Forcadell y María Rosa Jimenez.

Texto: Blas LOPEZ GARRANCHO
Edita: EXMO. AYUNTAMIENTO DE ZARAGOZA
Concejalía de Acción Cultural
Coordina: EDIJAM, S. A.
Diseño: M. Andrés/M. Beneytez
Fotocomposición: ARTECOMP, S. A.
Fotomecánica: FOTOTRAMA, S. A.
Impresión: MASTER'S GRAFICO, S. A.
ISBN: 84-86807-01-8
Dep. Legal: M-7452-1988

EL CINCO DE MARZO

ESTE año se cumplen ciento cincuenta de una jornada en la que los zaragozanos defendieron su ciudad con energía y valor. Por aquella acción, ZARAGOZA lleva en su escudo el título de SIEMPRE HEROICA.

Nació entonces una tradición popular y espontánea, LA CINCOMARZADA, consistente en pasar el día en el campo, de manera lúdica y regocijada.

Durante 106 años del siglo y medio transcurrido, se celebró sin disturbios y siempre con alegría.

Recuperada la fiesta desde 1981, querríamos que este folleto explicativo de cómo fue y evolucionó LA CINCOMARZADA contribuyese a que todos conozcamos mejor un aspecto más de los que conforman la historia de Zaragoza y de los zaragozanos.

La cita anual —esperamos que para siempre— es el 5 de MARZO. Aunque «Marzo marceee».



CONCEJALIA DE ACCION CULTURAL

EXMO. AYUNTAMIENTO DE ZARAGOZA

